LA MODA ELEGANTE

AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 31.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECÓNÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Chaqueta bordada.—F chú cuadrado.—Coselete.—Bordado para colcha de franela inglesa.—Rizado para guarnicion de trages.—Encage al crochet.—Cinco dibujos para entredoses.—Roseta ovalada.—Arabesco de trencilla.—Grabado de modas.—El sargento Simon.—La mujer fina.—El corredor de playa.—Amor inmortal.—César de Vermont. — Bibliografía.——Figurin iluminado.

Chaqueta bordada.

Se hace de tafetan negro; se la guarnece con un rizado de tafetan recortado ó encage. El bordado representa ramas de coral, que se ejecutan á punto de cadeneta con torzal de seda encarnado. En el medio de cada rama se encuentra una vena hecha con cuentas negras. Esta chaqueta puede hacerse de tegido de lana semejante á la enagua, y hasta de muselina. En vez de chaleco, se lleva frecuentemente una camiseta alta de nansouk.

Fichú cuadrado con manga adecuada.

Nuestro modelo se hace de tul de Bruselas; el fondo del fichú está enteramente plegado á pliegues de arriba abajo. La guarnicion se compone de una cinta de terciopelo negro, ó de tafetan de color vivo, atravesada de trecho en trecho por presillas de encage de Valenciennes. Un encage semejante se cose debajo del borde superior de la cinta; al inferior se pega un volante de tul, realzado por un encage de Valenciennes. El escote y el delantero del fichú se adornan con encage, cinta de terciopelo negro estrecho, y lazos de cinta ancha de terciopelo.

La manga deja pasar la mano; el puño, bastante alto, está á pliegues perpendiculares, y reproduce los adornos del fichú; este y las mangas, se llevan en verano durante el dia, con trages de corpiño escotado y mangas cortas.

Coselete.

Llévanse con toda especie de enaguas. Se les pone sobre una camiseta montante de nansouk, plegada, ó bien adornada con entredoses de encage ó bordados.—Las mangas de esta camiseta son largas y poco anchas.

Nuestro modelo es de moaré antique negro. Se le cierra por detrás con cordones. Está guarnecido de pasamanería de caireles, y algunos lazos de cintas estrechas van puestos en los hombros. Estos corpiños se hacen de todos colores: cereza, azul, verde ó malva.

CHAQUETA BORDADA.

Bordado para colcha de franela inglesa.

MATERIALES.—Lana céfiro ó lana de Sajonia algo fina, negra y de cinco puntos del color punzó.

Además del objeto á que destinamos este dibujo, podrá tambien utilizarse para guarnicion de guardapiés de alpaca gris ó blanco.

Este dibujo se ejecutará á alguna distancia del borde de la colcha ó del dobladillo del guardapiés; se compone de un enrejado interrumpido por cuadros. Este bordado se ejecutará armando la tela, cualquiera que ella sea, sobre un pedazo de carton. El bordado se compone de puntos largos colocados con regularidad unos junto á otros, y no teniendo, por decirlo así, puntos por el revés, puesto que la colcha no debe forrarse.

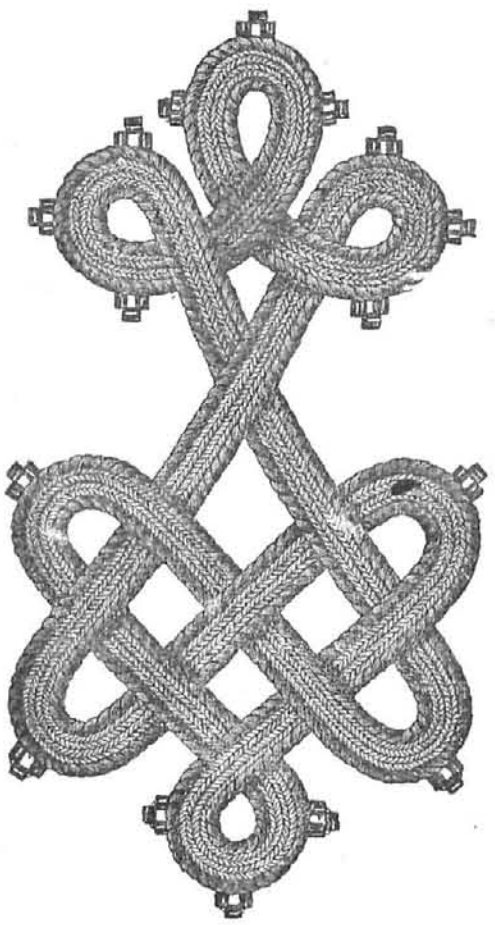
Los cuadros se hacen con cinco puntos del color punzó; el efecto de perspectiva se obtiene por la regularidad de los puntos y la disposicion de los colores. Las líneas rectas que terminan por un lado las filas de puntos, se hacen á punto de cordoncillo, y siempre con el color que sucede, como tinte, á aquel con que se hace la fila de puntos. El punzó mas claro sirve, por consiguiente, solo para orillar la fila de puntos hecha con el mas claro de los otros cuatro colores. El enrejado se hace con lana negra; los dos puntitos colocados en el centro de cada cuadro del enrejado, se hacen con la lana punzó mas clara. La orla que lleva todo al rededor se ejecuta á punto de feston muy largo, y se cambia de color despues de haber hecho 5 ó 7 centímetros de feston.

Rizado para guarnicion de trages, etc.

La moda de los rizados es tan persistente que juzgamos útil publicar este dibujo, el cual representa en tamaño natural un rizado hecho de tafetan recortado. Se le ejecuta con pliegues dobles; el dibujo representa cuatro pliegues dobles terminados, y la tira de tafetan plana, pero preparada para un nuevo pliegue. Se ven en el tafetan cuatro líneas perpendiculares, que señalan los bordes exteriores de los cuatro pliegues. Los puntos designan los sitios sobre los cuales se fijan por cada lado los dos bordes del pliegue doble. El espacio que se encuentra en el medio, entre las dos líneas seguidas, es la

© Biblioteca Nacional de España

parte de arriba del pliegue; se pone por consiguiente, una línea seguida sobre una línea de puntos por cada lado, y se fija el pliegue sobre el punto, siempre por cada lado.



ARABESCO DE TRENCILLA.

Cepillo de mesa.

El cepillo de mesa sirve, como todo el mundo sabe, para limpiar el mantel quitando los pedazos y migajas de pan antes de servir los postres.

El que publicamos es de madera de palisandro, y se cubre con una tapicería ejecutada con cuentas, que representa hojas grises y de color castaño, sobre un fondo azul.

Encage estrecho al crochet.

Este encage servirá para ropa blanca de niños; se empleará tambien para guarnecer los dobladillos ya usados de las enaguas blancas interiores.

Se ejecuta el encage atravesado, de ida y vuelta; se hace una cadeneta de 9 puntos.

1.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en el 4.º de la cadeneta, pasando por consiguiente por cima de tres puntos,—1 brida en cada uno de los 2 puntos siguientes,—dos puntos en el aire,—1 brida en el último punto de la cadeneta.

2.ª *vuelta*.—2 puntos en el aire, —3 sencillos sobre los 2 en el aire de la vuelta anterior,—5 en el aire.

3.ª *vuelta*. —1 punto-cadeneta en el 2.º de los 5 puntos en el aire de la vuelta anterior, —1 punto sencillo en el siguiente de estos puntos,—1 brida en el que sigue á estos (penúltimo de los 5 puntos en el aire),—1 brida en el primero de los 3 puntos sencillos de la vuelta anterior, —2 puntos en el aire,—1 brida en el pequeño hueco del fin de la vuelta. Repítase sin cesar las vueltas 2.ª y 3.ª

Cinco dibujos para entredoses y tiras bordadas.

Estos dibujos, que pueden utilizarse para todos los objetos de ropa blanca destinados á señoras y niños, servirán tambien para la guarnicion de cuna, que insertamos en nuestro número anterior.

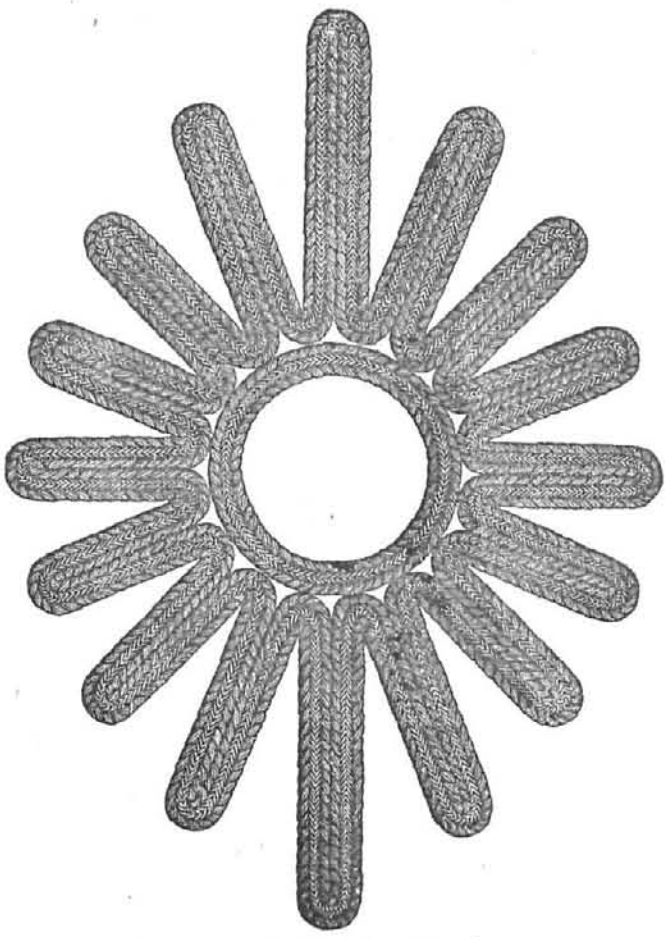
Roseta ovalada de pasamanería.

Estas rosetas se emplean para adornar los sobretodos de cualquier especie que sean. Se las ejecuta con cordones negros, ó del color del vestido, ó blancos para un albornoz de cachemira blanca. Se pone una de ellas á cada lado de la abertura del cuello, otra debajo de esta abertura en el medio por detrás; se pueden tambien poner sobre cada costura del lado, disponiéndolas como medallones separados, en número de tres, una sobre otra, principiando por el borde inferior del vestido; en este caso, las rosetas deben ir disminuyendo al subir.

Para ejecutar una de ellas, se trazan sobre papel todos los contornos del dibujo, se coloca este papel encima de un hule; se disponen los cordones siguiendo los contornos del dibujo, y se fijan atravesándolos al sesgo con una aguja ensartada de seda muy fina negra. La cara que apoya sobre el papel es el derecho de la labor.

Arabesco de trencilla y cordon.

Este arabesco se emplea en las mismas circunstancias que la *roseta ovalada*; además, puede servir de hombrera. Se ejecuta como la roseta, empleando trencilla cuadrada de lana ó seda, cordon redondo y algunas cuentas de azabache.



ROSETA OVALADA DE PASAMANERÍA.

EL SARGENTO SIMON.

EPISODIO DEL 2 DE MAYO DE 1808.

(Conclusion.)

—Mateo! contestó la otra vibrante y enérgica.

—Poco ruido y adelante, gritó en francés uno de los soldados que caminaban mas cerca del segundo, haciendo ademan de golpearle con el fusil.

—Cuidado! murmuró el prisionero en el mismo idioma; cuidado con tocarme, pues amarrado y todo soy capaz de hacerte pedazos.

La presencia del oficial cortó este diálogo, y las dos patrullas siguieron su marcha por la Carrera de San Gerónimo.

Era este uno de los sitios donde el combate había dejado mas terribles huellas. Puertas destrozadas, cadáveres todavía calientes atestiguaban la crueldad de los vencedores y la resistencia heróica de los vencidos.

Un murmullo de indignacion se alzó del pecho de los españoles al contemplar aquel espectáculo y pasar resbalando sobre la sangre de las víctimas, empujados por la bayoneta de sus verdugos.

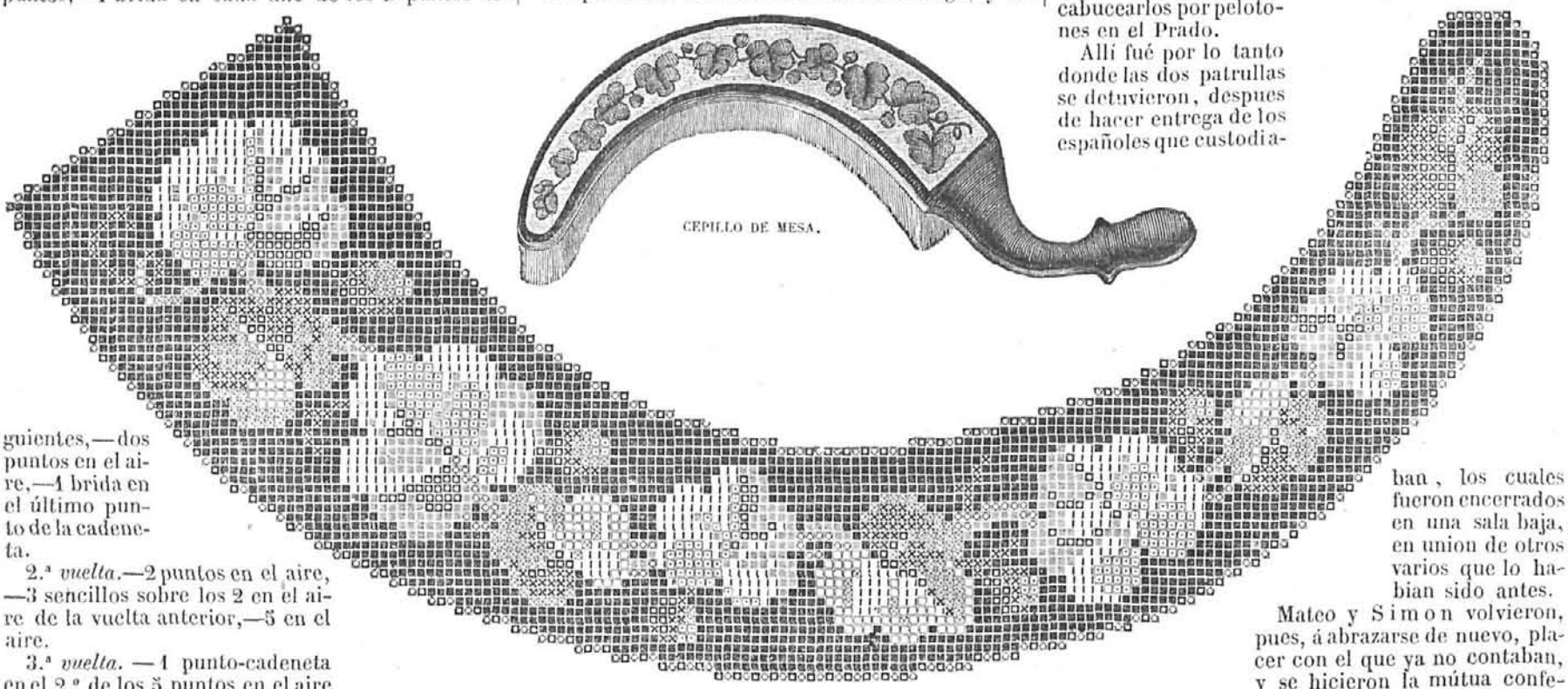
Pero aquel murmullo fué sofocado en breve, y silenciosa y ordenada no tardó en llegar al Retiro la triste comitiva.

Aquella morada, teatro de tantas fiestas y tantos amoríos; aquel lugar de recreo en que el arte había formado suntuosos palacios, la industria magníficas fábricas y el lujo preciosos jardines; aquel real sitio que hoy sirve á la corte de desahogo y de distraccion, fué el dia 2 de Mayo la improvisada cárcel en que los franceses depositaban á sus prisioneros, y no para olvidarse de ellos, como sucedia algunas veces en la Bastilla y en los plomos de Venecia, sino para sacarlos á las pocas horas y arcabucearlos por pelotones en el Prado.

Allí fué por lo tanto donde las dos patrullas se detuvieron, despues de hacer entrega de los españoles que custodiaban, los cuales fueron encerrados en una sala baja, en union de otros varios que lo habian sido antes.

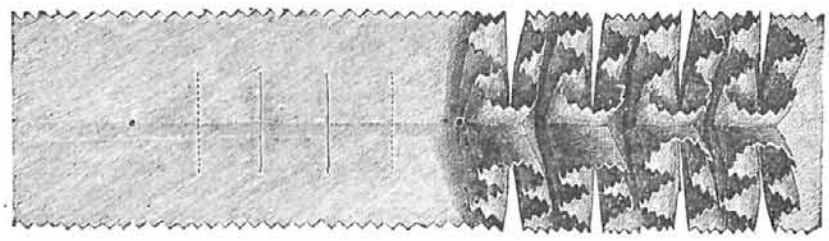
Mateo y Simon volvieron, pues, á abrazarse de nuevo, placer con el que ya no contaban, y se hicieron la mútua confesion de sus aventuras. Mateo estaba herido. Habia entrado en

CEPILLO DE MESA.



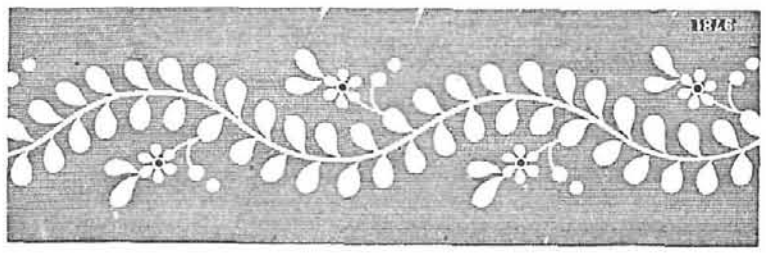
DIBUJO DE TAPICERIA PARA EL CEPILLO.—SIGNOS: ■ Azul. Negro. ▫ Oro. ▫ Acero azulado. ▩ Acero. ▩ Bronce. ▩ Chocolate oscuro. ▫ Idem claro. ' Blanco de cristal. ▫ Blanco de tiza.

© Biblioteca Nacional de España



RIZADO PARA GUARNICION DE TRAGES, ETC.

ENCAGE AL CROCHET.



ENTREDOS BORDADO.

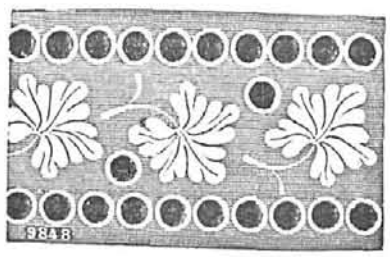
Madrid á caballo por la puerta de Segovia despues de haber dado vuelta á la ronda, que vigilaban los franceses, y reunido con los primeros patriotas que encontró armados, habia peleado toda la mañana en las avenidas de Palacio y en las tortuosas callejuelas de San Francisco y de Puerta de Moros. Reunido despues con otros muchos en la botillería de la Puerta, á fin de organizar el movimiento y recoger armas y municiones, fueron sorprendidos y presos unos cuantos, á pesar de su resistencia, logrando evadirse la mayor parte. En esta refriega fué cuando recibió un bayonetazo en el pecho.

Simon no se habia descuidado por su parte. Separado de sus compañeros, único modo de penetrar sin hacerse sospechoso en la poblacion, no pudo verificarlo hasta por la tarde, y esto gracias á haber tenido que acudir la guardia de Santa Bárbara á contener á los paisanos del barrio de Maravillas, donde el motin se presentaba amenazador. Agregado á los combatientes de aquel barrio, Simon habia sido testigo de los sucesos mas importantes de aquel terrible dia. Contribuyó á la defensa del Parque; vió caer víctimas de la traicion á Velarde y Daoiz; y fué preso en el momento en que perdido todo, trataba, sable en mano, de abrirse paso entre sus enemigos.

Ni uno ni otro habian vuelto á ver á sus camaradas, ni mucho menos al cabo Perez, que acaso mientras ellos peleaban estaria encerrado en el cuartel rugiendo de ira.

—¿Y qué crees tú que nos harán esos gabachos? preguntó Mateo cuando Simon hubo terminado su relato.

—Poca cosa, respondió el sargento sonriendo tristemente, fusilarnos,



ENTREDOS.

Todos los semblantes se fijaron con estupor en el del que así hablaba.

—Sí, señores, fusilarnos, continuó este; pero seria preciso fusilar á todos los españoles, y ni aun así quedarian vencidos por los franceses. ¡Ah! dichosos los que presencien la lucha que pronto va á entablarse, y que nosotros hemos inaugurado, pero dichosos tambien los que con la muerte vamos á conquistarnos la inmortalidad!

—Casi todos los prisioneros rodearon al sargento y estrecharon cariñosamente su mano. Mateo sollozaba, aplicándose de cuando en cuando un pañuelo á la herida.

En esto sintióse en la plaza movimiento grande de tropas, y abriéndose la puerta de la prision, penetró por ella un general acompañado de varios oficiales. El general se detuvo delante de cada uno de los presos, y bien intercalando en sus palabras alguna que otra española, bien valiéndose de un ayudante que le servia de intérprete, se enteró detenidamente de sus nombres y su profesion, haciendo escribir las observaciones que le dirigian algunos. Quedaban ya muy pocos por revistar, cuando le llegó el turno al sargento Simon.

—¿Vuestro nombre? preguntó el general en un español muy chapurrado.

—Podeis preguntármelo en francés, respondió aquel en este idioma; la lengua de Racine me es casi tan familiar como la de Cervantes.

—¿Vuestro nombre? volvió á preguntar en francés el general.

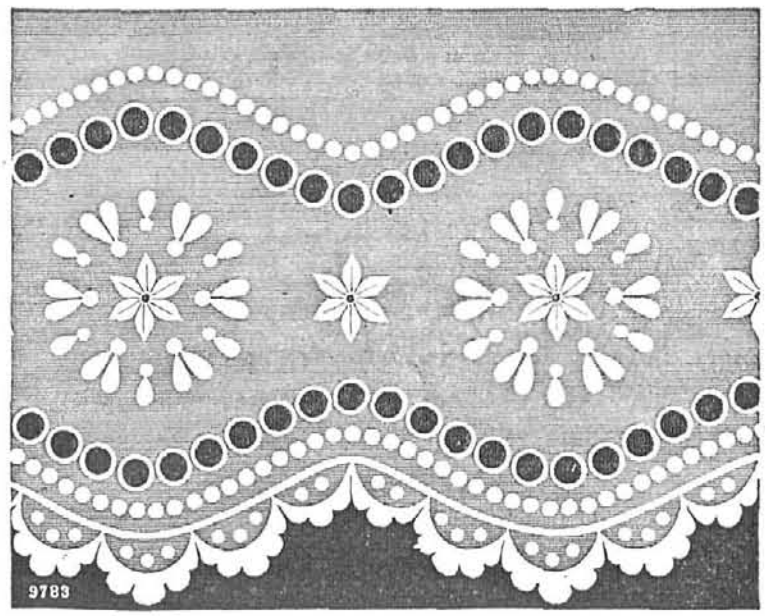
—Simon del Palacio.

—¿Qué profesion teneis?

—Soy militar; sargento del regimiento de Borbon.

—Hola! exclamó el general dirigiéndose á sus oficiales. Pareceis, sin embargo, muy jóven. ¿Vuestra edad?

—Veintiseis años.



TIRA BORDADA.

—¿Cuándo empezásteis á servir?

—El 28 de Noviembre de 1797, dia en que senté plaza.

—Cuál es vuestro pais?

—Rabanal del Camino, en la provincia de Astorga.

—¿Teneis padres?

—Hace once años que no lo sé.

—Y decidme, ¿á qué se debe el que hableis el idioma francés con tal propiedad?

—Señor, me lo enseñó un fraile en mis primeros años, y lo cultivé mas tarde con predileccion; posteriormente he estado en las islas Baleares prisionero de los ingleses y lo he hablado bastante con ellos. Esto es todo.

El general examinó al sargento de arriba abajo, dijo algunas palabras á su ayudante, y añadió en seguida:

—Vais á ser conducido al cuerpo de guardia donde recibireis mis órdenes. El delito que habeis cometido es grave, habeis abandonado vuestro regimiento, y al hacerlo, debeis saber lo que os esperaba.

—Lo sabia, señor, y entonces como ahora estaba resuelto á todo.

—Llevadle, pues, exclamó el general dirigiéndose á los soldados que habian quedado en la puerta.

El sargento Simon se volvió entonces á sus compañeros y los saludó por última vez. Cuando sus ojos se encontraron con los de Mateo, sus labios no pudieron pronunciar una palabra. Al separarse parecia que cada uno se dejaba el alma en los brazos del otro.

A pesar de la severidad del general, y de lo solemne del acto, algunos oficiales franceses se hablaron en secreto al oido.

Una hora despues recibió Simon de boca de uno de aquellos oficiales una órden en que se le prevenia que en atencion á que su regimiento no habia tomado parte en el motin de aquel dia, se presentara á él á dar cuenta de su conducta, para ser juzgado con arreglo á ordenanza.

—¿Es decir, preguntó Simon al oir la órden, que en vez de ser fusilado por mis enemigos, me habeis denunciado para que lo sea por mis camaradas.

—Lo que es decir, exclamó el oficial con alegria, es que hemos conseguido vuestra libertad; tomad ese pase, y no permanezcais en Madrid ni un solo momento.

—Pero...

—Obedeced y dejaos de vanos escrúpulos; os queda mucho tiempo para luchar por vuestra patria.

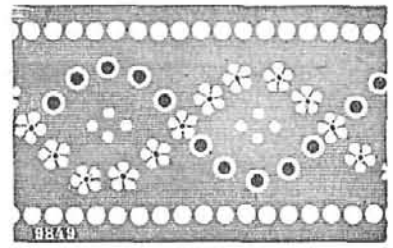
—Teneis razon, señor oficial, los franceses me dan ocasion para ello.

El pase firmado por el general estaba concebido en estos términos:

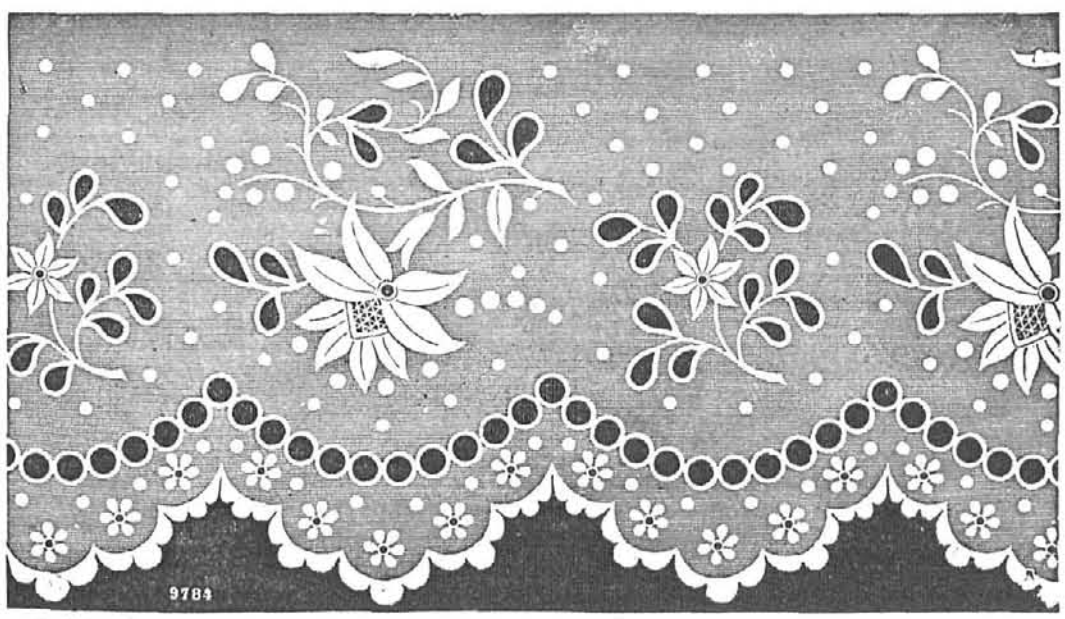
«Permítase la libre salida al sargento portador, preso por equivocacion al ir á unirse á su regimiento. N.»

Simon trató de ver á sus compañeros antes de marchar, pero no le fué concedido este favor por los oficiales. Salió por lo tanto del Retiro triste y cabizbajo, y despues de haber descansado un rato de las fatigas del dia en un tronco caido cerca del Botánico, tomó lentamente y á la ventura el camino de Atocha, solitario y oscúro.

Una descarga cerrada que iluminó con su resplandor la tenebrosa noche, trajo de repente á su memoria los acontecimientos de aquella tarde y el recuerdo de sus hermanos encarcelados. Volvió apresuradamente sobre sus pasos, y á poca distancia tropezó con unos soldados franceses que corrian, quizá aterrados del crímen que acababan de cometer. El sargento fué detenido é interrogado de nuevo, pero el pase estaba en toda regla y siguió. Sus pre-



ENTREDOS.



TIRA BORDADA.

© Biblioteca Nacional de España

sentimientos no le habian engañado. Mateo y sus compañeros acababan de ser arcabuceados. Simon contempló un rato sus cadáveres, se reclinó casi sin conocimiento en un árbol, y lloró por la primera ez de su vida.

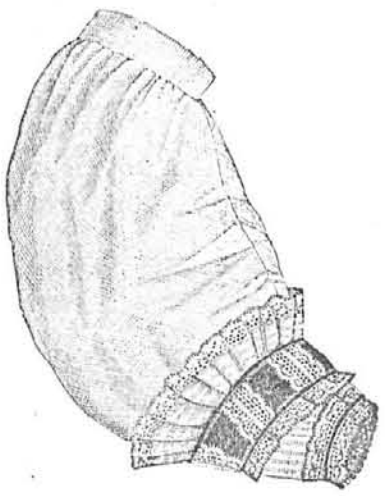
VI.

Algunos meses despues el sargento Simon, herido, prisionero y fugado en la batalla de Medellin; herido tambien en Almonacid; desfigurado á sablazos en Ocaña, prisionero y fugado de nuevo, corria á reunirse á las huestes del Empecinado para ejecutar juntos aquellas valerosas hazañas que serán un dia el asombro de las generaciones.

Era el autor de estos renglones muy niño cuando el sargento Simon, ya viejo, lo paseaba por el Prado de la mano. Un dia observó el niño, que al pasar por delante del monumento del Dos de Mayo, el viejo se quitaba el sombrero y saludaba con respeto aquellas piedras. Llegó un dia en que aquel suceso despertó su curiosidad, y entonces escuchó de boca del buen anciano la narracion que acabais de oir, pero con muchos mas detalles, que no dejan duda sobre su autenticidad.

El sargento Simon ha muerto hace algunos años pobre y olvidado; tales eran sus virtudes; tantos y tan grandes sus merecimientos; hasta este interesante episodio de su vida seria desconocido para todos si un hijo cariñoso no lo arrancara del sepulcro de lo pasado para dedicarlo á la memoria de su padre.

MANUEL DEL PALACIO.



MANGA CORRESPONDIENTE AL FICHÚ CUADRADO.

CHAQUETA BORDADA, VISTA POR LA ESPALDA.

FICHÚ CUADRADO.

LA MUJER FINA.

Ha dicho un autor que «la mejor recomendacion en una mujer es un rostro hermoso.»

Mi humilde opinion en este particular no es la misma.

Creo que una mujer para ser agradable á los ojos de todos, no necesita ser hermosa, sino bien educada solamente.

Pero bien educada en la verdadera acepcion de la palabra.

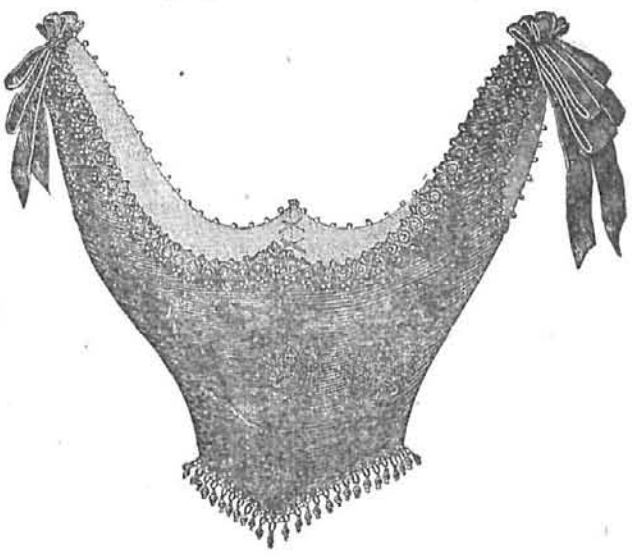
En el sentido en que habla Duclós, cuando dice «que la urbanidad es la expresion de las virtudes sociales.»

En el que lo toma otro excelente autor, cuando opina que «no hay que aspirar á la suavidad y elegancia de las maneras, sin dulcificar nuestro carácter y moderar nuestras pasiones.»

La mujer fina, en este sentido, está adornada con las virtudes mas amables, porque es benévola, afable, sensible y discreta.

Aunque carezca de gracias exteriores, la hacen parecer hermosa la suavidad de su voz, la dulzura de su sonrisa, la sensibilidad de su mirada, y la expresion cariñosa y atractiva de todo su semblante.

Mr. Luis Verardi recomienda que «no se confunda esta clase de buena educacion con el uso del mundo, pues esta es una CIVILIDAD de convencion, que se adquiere frecuentando la sociedad, y la otra es el lenguage del corazon.»



COSELETE.

Para mí es preferible este bello tipo de la mujer, á la mas brillante hermosura. Pitágoras decia: «Mujeres, sed modestas y dulces: para agradar á los hombres sed siempre mujeres.»

Y en efecto, nada hay mas agradable que una mujer, cuyo carácter esté educado con dulzura y discernimiento.

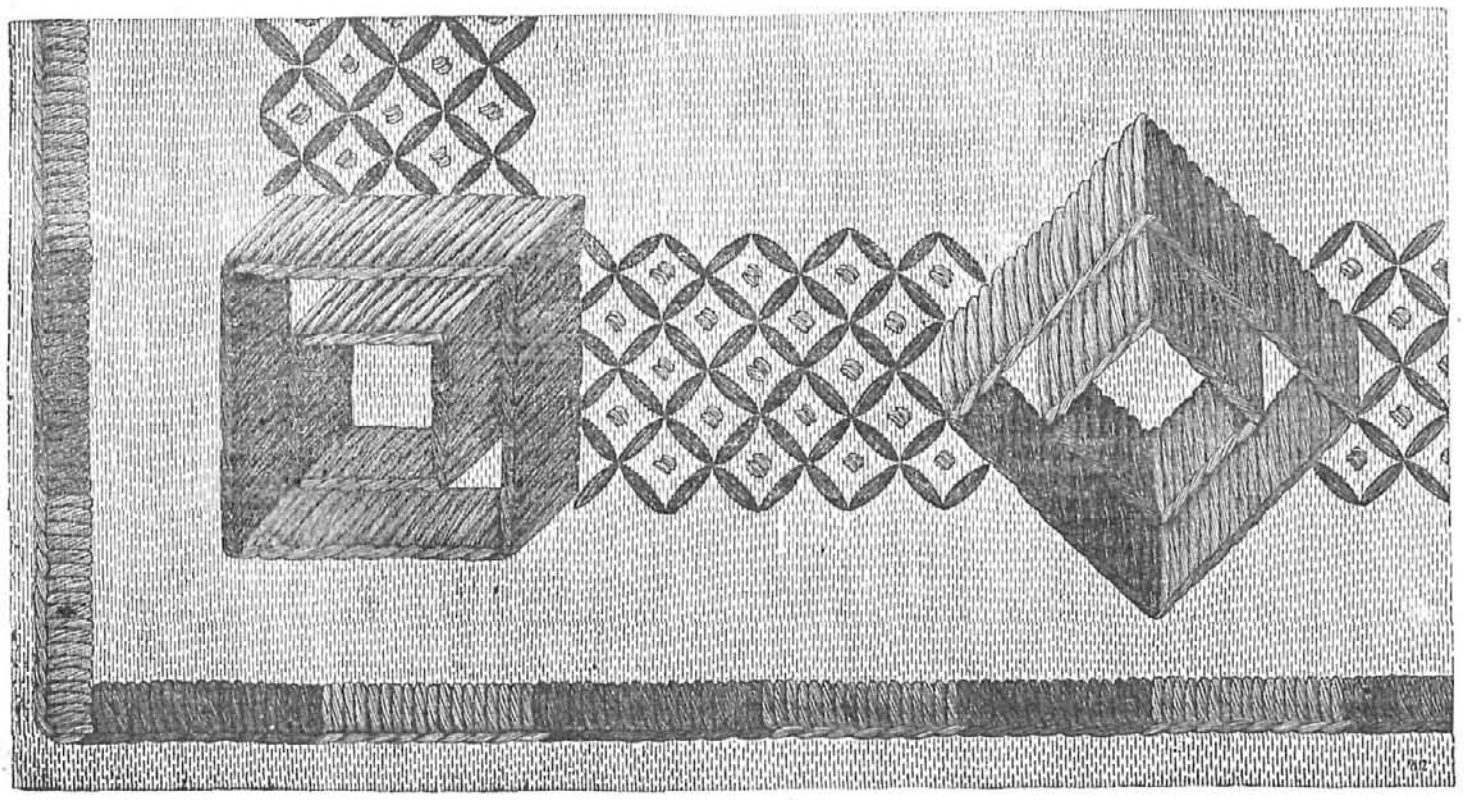
Esta no conocerá las pequeñeces de la vanidad ni el tormento de la envidia, porque sus bien cultivados sentimientos la elevarán á pensar con aquel sabio, que «solo deben envidiarse en el mundo dos eminentes virtudes; la modestia en la grandeza y la paciencia en el infortunio.»

Jamás tomará parte en murmuracion de ninguna especie, aunque se halle entre personas íntimas, ó en una reunion en que se cometa esta falta: sin aprobar ni reprobar nada, evitará, con afable moderacion, entrar en una conversacion que su buen juicio y su excelente corazon le prohiben.

Mas cuando ella abra sus labios c a u t i v a r á á cuantos la escuchen, porque reinará en su conversacion la mas dulce prudencia, la mas amena instruccion y un espíritu de benevolencia tan interesante que simpatizará con todos los corazones, y encantará á cuantos tengan la dicha de tratarla.

Las personas inteligentes gustarán y procurarán oirla, porque su trato cultiva el talento y eleva el juicio.

No hablará de sí mis-



BORDADO PARA COLCHA DE FRANELA INGLESA.

© Biblioteca Nacional de España

ma ni ensalzará nada que le pertenezca, pensando con Santa Teresa, que jamás debemos decir nada de nosotros digno de loor, y sabiendo que al mundo no le gusta concedernos aquellos méritos de que nosotros mismos nos enorgullecemos.

Será sufrida con los defectos de los demás: su bello talento le hará ver que todos en el mundo necesitan indulgencia, porque todos tienen defectos, que conocen los mas superiores algunas veces, y que los ignorantes no conocen jamás.

No dirá verdades desagradables, porque además de ser esto incivil y poco bondadoso, nos atraen las mayores antipatías.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de piqué maiz.—Lo bajo de la enagua se adorna con un arabesco, ejecutado con dos órdenes de trenza de lana negra. Cada una de las puntas de este arabesco, va separada de la siguiente por una distancia de 12 centímetros; en el medio de cada una de aquellas se ponen tres botones. El corpiño montante y las mangas estrechas llevan la misma guarnicion.

Trage de pelo de cabra lila.—Lo bajo de la enagua se orla con un volante fruncido, de bordes recortados á puntas redondas; sobre este volante corre una cinta estrecha de terciopelo negro. En cada costura de los puños se encuentran dos cintas de terciopelo negro, que se cruzan de trecho en trecho, y terminan en un lazo, no suelto, sino sujeto al volante y al trage.

Por eso dijo Fontenell que «si tuviera la mano llena de verdades se guardaria muy bien de abrirla.»

¿Cuál será, pues, mas bello, el tipo de la mujer hermosa ó este tipo de la mujer fina y discreta?

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

El jóven conde imaginó que Bella habia elegido aquel sitio para entregarse á sus sueños en medio de la soledad; excepto el apagado rumor de las olas, nada se oia en aquel sitio tranquilo como una tumba.

Esta suposicion le entristeció; pero al mismo tiempo ella le afirmó en su resolucion, y se adelantó con paso firme hácia la jóven.

Bella tenia en la mano una labor de aguja, y estaba tan absorta en ella ó en sus pensamientos, que pareció despertar de un sueño cuando M. de Milval se acercó á ella. Levantó entonces sus ojos que estaban llenos de lágrimas, y le saludó á través de ellas con una dulce sonrisa.

El jóven, sentándose á su lado, la preguntó afectuosamente:

—Bella, hija mia, ¿teneis algun pesar?

—Si, señor, soy muy desgraciada, repuso ella suspirando; y sois bien cruel en rehusarme la única recompensa que exijo por todos mis cuidados.

—¡Una recompensa! ¿Qué exigis de mí?

—Poca cosa; un poco de docilidad. Hace una semana que intento deciros la causa de mis penas y no me atrevo; pero ya que vos me lo preguntais, os la diré: cuando os encontré casi sin vida y os trasladé á casa de mi padre, me figuré (perdonadme si era un pensamiento demasiado orgulloso) que Dios mismo me imponia el deber de velar por vos, de curaros y de consolaros. Acepté mi mision con gratitud y prometí á Dios cumplirla; pero *desde hace algun tiempo he adquirido* la dolorosa conviccion de que no puedo combatir vuestra tristeza. Vuestro abatimiento es cada vez mayor.

—Os engañais, Bella, repuso el jóven profundamente conmovido.

—Vos no podreis permanecer siempre aquí, murmuró la jóven, no se me oculta que un hombre de vuestro nacimiento no puede pasar su vida entre humildes pescadores...partiréis pues en cuanto esteis restablecido, pero no tendré el consuelo de veros partir tranquilo, sino entregado á una eterna desesperacion. De este modo yo me quedaré triste tambien. ¡Qué felicidad para mi si os hubiera visto partir dichoso!

—¿Tanto os interesais por la dicha de un extraño?

—¿Y porqué no? repuso la jóven conmovida. Hacer algo por vos, devolveros la alegria, hubiera sido para mi una ventura infinita. Vuestra presencia, vuestro lenguaje, la nobleza de vuestro corazon, han iluminado mi espíritu con una luz desconocida, y la pobre pescadora se hubiera visto realzada á sus propios ojos. Creedlo; para no ver dichoso al que Dios confió á mis cuidados, quisiera no haberle visto nunca.

El jóven estrechó la mano de Bella y murmuró algunas frases de gratitud.

Sobre una de las altas dunas que cercaban el valle, se habia mostrado hacia un instante la cabeza de un hombre que se retiró inmediatamente, como si dispuesto á observar, no quisiera que su presencia interrumpiese aquel coloquio.

—¡Oh! Bella, sois un modelo de abnegacion y generosidad, exclamó M. de Milval. ¡Gracias, gracias! yo os prometo que tendreis la recompensa á que aspirais. Tendré valor, tendré fe en el porvenir, y si el recuerdo de desgracias terribles turban mi espíritu, evocaré vuestra imágen en mi socorro, y aunque ausente, os pediré fuerza contra la tristeza.

—¿Será verdad?

© Biblioteca Nacional de España

—Os lo prometo, os lo juro.

Despues de este juramento, M. de Milval recobró su primera posicion y permaneció mudo con los ojos bajos, como sintiendo lo que acababa de pasar. La jóven por el contrario, aparecia contenta, agradeciendo aquella promesa como un beneficio.

Él cayó de nuevo en sus reflexiones, preguntándose si debia realmente afligir á aquella pobre niña con su partida repentina: pareciale evidente que se habia equivocado respecto á los sentimientos de Bella, porque si el amor se hubiese posesionado de su alma, ¿cómo hubiera podido darle sin turbacion aquellas sinceras pruebas de ternura?

No obstante, se esforzó por seguir la senda que le marcaba su deber, y exclamó:

—Bella, yo habia venido á comunicaros una noticia que os va á sorprender; pero me perdonareis si á pesar mio os causo algun sentimiento. Voy á partir: un deber imperioso me llama lejos de estos sitios.

—¿Dentro de diez ó doce dias, no es verdad? yo me acostumbraré en ellos á la idea de vuestra partida.

—Imposible, hoy ó mañana saldré de aquí.

—¡Cómo! ¿qué decis? hoy ó mañana...

—Tranquilizaos, Bella, y escuchad lo que tengo que deciros, repuso el jóven con acento firme. ¿Habeis oido decir á vuestra tia que las naciones aliadas dirigen sus fuerzas contra la república? Esas fuerzas no las componen solo tropas extranjeras: infinidad de nobles franceses se disponen á conquistar la libertad de su pais. Yo soy noble tambien. ¿Creeis que debo permanecer insensible y olvidar mis deberes de noble, de hijo y de hermano?

Durante esta alocucion Bella le contemplaba con admiracion creciente.

—Decid, Bella, ¿no debo obedecer á esa voz que me llama?

—¡Ah! ¡qué bien os sienta ese ardimiento! parece que habeis nacido para la guerra.

—¿No me respondeis? si permanezco aquí mientras mis compatriotas vierten su sangre por el triunfo de su causa, quedaré deshonrado para toda mi vida.

—¿Y vais á batiros al campo de batalla? repuso Bella como despertando de un sueño. Y si una bala enemiga...

Y cubrió el rostro con sus manos.

—Considerad que de otro modo seré á mis propios ojos un cobarde, indigno del noble nombre que llevo.

—¡Oh! no, no; cumplid vuestro deber; yo pediré á Dios que os proteja.

—¡Gracias, gracias! ¡Sois un ángel! Tranquilizaos, no os olvidaré, os escribiré con frecuencia, y cuando haya cumplido mi deber, volveré á este pais donde he sido objeto de los mas nobles cuidados. Quizá lograremos libertar á la Francia, quizá me sea devuelto mi patrimonio; solo de este modo podria recompensaros como mereceis. Ahora volvamos junto á vuestro padre, amiga mia, y ayudadme á hacerle comprender que obedezco á una ley imperiosa. Quisiera partir esta misma tarde.

La jóven guardó silencio, reunió el ganado que habia llevado á pacer y le encaminó hácia su morada lentamente con la cabeza caida sobre el pecho, y víctima del mayor desaliento.

M. de Milval, al ver que los ojos de la jóven estaban llenos de lágrimas, exclamó:

—Por favor, Bella, no me hagais mas dolorosa nuestra separacion. Creed que necesito de todo mi valor para dejaros.

—Esta tarde...¿y vais muy lejos?

—Lo ignoro.

—¿Vais á partir solo, sin recursos?

—No tal; vos sabeis que el retrato de mi madre está rodeado de brillantes. En la primera ciudad á donde llegue, venderé algunos.

—Y vuestro brazo que aun no está fuerte.

—Lo estará para cuando yo tenga que entrar en accion.

La jóven guardó silencio; el dolor oprimia su pecho.

—¡Pobre niña! exclamó el jóven despues de una pausa. Os falta el valor, reflexionad que somos todos esclavos de la suerte y del deber.

Bella cruzó sus manos y dijo con acento suplicante:

—¡Pero hoy ya!...Este pensamiento me desgarra el alma. Concededme una gracia, yo os lo ruego; el médico vendrá dentro de tres dias á examinar vuestro brazo: quedaos hasta entonces.

—¡Imposible, no lo exijais!

—Yo os bendeciré por esta concesion, y el médico os dirá si sin peligro podeis empreder el viaje.

El jóven reflexionó un instante, y dijo con dolorosa conformidad:

—Tres dias, sea.

—¡Ah, gracias, gracias! repuso la jóven con emocion.

Durante este diálogo habian subido la pendiente de la montaña, y descendian al otro lado de las dunas.

Apenas los hubo perdido de vista el hombre que observaba, salió sin precaucion á la cima de la montaña. Era Ko el corredor de playa que creia haber sorprendido un gran secreto.

Examinando el paisaje desde su altura, apercibió de repente al pescador José que se dirigia lentamente hácia Adinkerke por un camino de travesía. Su vista pareció regocijar á Ko Sael. Reflexionó un momento, y una sonrisa maligna entreabrió sus delgados labios; despues dió un grito de alegría y descendió oblícuamente desde su altura, subiendo apresuradamente á una encrucijada por donde José tenia que pasar. Allí se sentó con aire abatido como un hombre abrumado bajo el peso de un gran dolor.

Acercábase José silbando al sitio en que aguardaba sentado Ko con rostro oculto entre sus manos.

Cuando apercibió á Ko Sael en esta posicion, se detuvo con asombro, dió algunos pasos hácia él y repuso:

—¿Eh, Ko! ¿estais enfermo?

El corredor se levantó y dijo con profundo despecho:

—Es cosa de huir del mundo, ni aun aquí le han de dejar á uno llorar sin testigos.

—Por fuerza, si os sentais en el camino, repuso José riendo; es un medio seguro de no estar solo. Pero vamos á ver...¿qué os aflige?

—¡Ah! una horrible desgracia nos amenaza á todos.

—¿De veras? cuando se os vé no puede uno aguardar mas que malas noticias. Sepamos qué ocurre: sed breve.

—Quien quiera ser ciego, verá claro cuando sea tarde, entonces será el decir: ¡Ah! mi buen Ko, si no hubiéramos desoido vuestros consejos, la vergüenza y el dolor no hubieran emponzoñado nuestra vida.

—¿Qué galimatías estais armando? ¿de quién hablais?

—¡Pobre Bella! ella pagará por todos.

—¡Ah! ¿mi prima está amenazada de algun peligro?

—¡Apenas! Lo que yo sé es demasiado cierto: no es un mal imaginario el que me produce esta desesperacion... pero punto en boca: os he prometido no ocuparme de M. de Milval, aunque lo que he visto hoy me autoriza á faltar á mi promesa; yo no puedo como los demás dejar que el lobo devore al cordero sin intentar protegerle.

Estas palabras, aunque oscuras, hicieron una profunda sensacion en José, que exclamó con acento alterado:

—Parece que os complaceis en alarmarme: ¿porqué no hablais claro con la mano sobre el corazon?

—Bien lo haria, pero me interrumpís á cada paso, y quién sabe si con vuestro genio de pimienta, no me maltratareis cuando os lo diga.

—Estad tranquilo: sabré contenerme.

—¿Puedo fiarme?

—¡Hablad, por amor de Dios!

—¿Vais á Adinkerke, no es verdad? iré con vos, y os diré por el camino la causa de mi pesar; pero os advierto que en cuanto yo vea que vuestra frente se colora y vuestros ojos se animan, salto á las dunas, y no me veis en quince dias.

El pescador procuró dominar su impaciencia y continuó su camino mientras Ko le decia:

—¿No es verdad, José, que Bella es una niña hermosa y buena? Venturoso aquel que la hubiera obtenido por esposa antes de que el infierno hubiese enviado á vuestra casa á M. de Milval.

—Ko, ved lo que decis: medid vuestras palabras.

—Bien decia yo: voy á dejaros...

—No, continuad: me contendré.

—Vuestra cólera es natural, José, era necesario que hubiérais sido ciego para no sospechar antes de ahora lo que os digo; mucho mas que vos amais á vuestra prima, ¿no es verdad? ¡Cuántas veces nos habeis dicho que nadie mas que vos seria su marido si tuviérais diez años menos! Yo que los tengo, y que poseo además dinero para hacerla dichosa, estaba bien seguro que acabaria por ser mi mujer.

—¿Bella vuestra mujer? repuso José con sonrisa de desprecio. No delireis: sois demasiado feo.

—El dinero lo embellece todo; pero dejemos esto, porque en el estado á que han venido las cosas, no seria yo quien aceptase á Bella por mujer.

José retrocedió un paso y fijó sus ojos inflamados por la cólera en Ko exclamando:

—¿Qué os atreveis á pensar de mi prima? ¡Estais cansado de vivir!

Ko Sael retrocedió con terror murmurando:

—Vamos, es imposible hablar con vos, ¿porqué no aguardais al menos para juzgar el fin de lo que tengo que deciros? yo no acuso á Bella; es la misma inocencia, pero lo que acabo de ver no lograrán borrarlo vuestros arrebatos. Tranquilizaos, y puesto que no quereis escucharme, cumpliré por mi solo el deber que me impone el afecto que la profeso.

—Venid, acabad, repuso el pescador pudiendo apenas dominar su agitacion.

—Volveré; pero haced por escuchar la verdad por desagradable que sea: yo trataré de elegir las frases que menos puedan herir vuestra susceptibilidad. ¿Pero no os parece extraño que Bella pase dias enteros en las dunas sola con ese jóven caballero? ¿Que no tenga tregua ni descanso en su ausencia, como dice la tia Clara?

—¿Y no es mas que eso? repuso José tranquilizándose: pues de ello vos teneis la culpa; si por vuestra imprudente indiscrecion no hubiérais causado un cruel dolor á ese pobre jóven, diciéndole la muerte de toda su familia, mi prima no hubiera tenido que hacer tantos esfuerzos para salvarle de una enfermedad mortal ó del extravío de la razon. Si le ha salvado la vida, si aun tiene necesidad de sus consuelos, ¿ha de abandonar su obra caritativa antes de terminarla?

—No niego que será verdad cuanto decis respecto á Bella; pero no podreis menos de confesar que un hombre y una mujer que son jóvenes y agraciados, ella humilde y sencilla como hija de un pescador, él sagaz como un cortesano, no han de hablar durante meses enteros de la lluvia y del buen tiempo. Además, José, un noble considera á los que no lo son ni mas ni menos que al polvo que cubre sus botas, y cuando ha causado la desgracia de una pobre niña, se aleja sin cuidarse mas de ella. ¡Pobre padre Stock! Si una desgracia semejante debiera emponzoñar sus últimos dias.

El pescador lanzó un grito ronco, se lanzó sobre el charlatan, y sacudiéndole fuertemente por el brazo, exclamó:

—Tiempo hace que tengo gana de aplastarte la cabeza como á una víbora. Vas á probarme al punto que tienes siquiera una apariencia de prueba de lo que has dicho contra M. de Milval; de lo contrario te arranco esa lengua venenosa.

—No diré una palabra mientras no me solteis, repuso Ko. Las pruebas que me pedís eran las que iba á daros; pero no creais que voy á dejarme matar por deciros una verdad que no quereis oir. Si no quereis á Bella lo bastante para oir con calma lo que se refiere á la dicha de toda su vida, es inútil que hable; dejadme partir.

—Habla, dijo José soltando su brazo. Di, ¿qué pruebas tienes?

Ko lanzó una mirada oblícua á las dunas para ver por dónde podria escapar, y despues murmuró:

—La casualidad me ha hecho ver muchas cosas que están claras como la luz del dia; pero yo no os diré mas que lo que he visto; ahora podeis romperme los huesos si quereis, pero vuestra cólera no impedirá que lo pasado, pasado está. Hace una media hora volvia de la playa al través de las dunas, cuando de repente veo al pié de una á M. de Milval, y sentada á su lado á vuestra prima, de cuyos ojos corrian obundantes lágrimas. Este encuentro me causó tristeza...¿y cómo no, cuando yo amo sinceramente á Bella? Permanecí escondido, pareciéndome que iba á sorprender un secreto importante. ¿Sabeis lo que he visto, José?

El pescador le miró sobresaltado.

—Les he visto estrecharse las manos con pasion.

—¿Y es eso todo?...¿qué mas sabeis?

—¡Ah! ¿no es bastante para haceros comprender que se aman? He visto además á M. de Milval pasar los brazos al rededor del talle de vuestra prima, estrecharla contra su corazon, y...no os digo mas, exclamó saltando por entre las dunas para escapar á la ira del pescador.

José, aniquilado con aquella revelacion, parecia olvidar al corredor, y dejarse arrastrar á sombrios pensamientos.

No obstante, despues de haber permanecido algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en el suelo, sacudió la cabeza y se adelantó por el sendero que conducia á Adinkerke.

—¡Qué estúpido soy! murmuró. Creer en las calumnias de esa víbora. Mi prima tiene un corazon cándido, y no turbará el reposo de los últimos dias de su padre. Además, M. de Milval es un cumplido caballero. ¿Iria á pagar con una cobarde seduccion las pruebas de abnegacion que ha recibido de mi prima? No: todo ello es un cuento que ese maldito cuervo de la playa ha inventado para mortificarme. No lo conseguirá; me rio de su grosera invencion.

José aceleró el paso, como si con la rapidez de su marcha quisiera huir de los pensamientos que le perseguian: pocos minutos despues se detuvo de nuevo; sus megillas estaban pálidas, su vista extraviada, y murmuró:

—Sin embargo, el amor es ciego y hace olvidar todo respeto humano. Y yo, que por consideracion oculto mi amor hace tantos años, ¿veré á Bella víctima de ese hombre? ¡Oh!...no, ¡horrible pensamiento! No creo lo que me ha dicho ese hombre, y sin embargo no puedo calmar mi angustia. ¡Oh! ¡es que ahora conozco cuanto la amo! Parece que el corazon me le cogen con tenazas ardiendo.

Y en su furor cogió un puñado de yerba y la arrojó en su camino, continuando su marcha y deteniéndose de vez en cuando á reflexionar. Por fin se fué tranquilizando y siguió avanzando con abatimiento, pero sin que el menor gesto violento revelase su ágitacion.

Así llegó á las fértiles llanuras que separan á Adinkerke de las dunas.

Cuando penetró en la calle principal que sirve de mercado á la ciudad, no pudo menos de llamar su atencion el movimiento que allí reinaba.

Ante la puerta de San Sebastian habia un grupo de hombres y mujeres, que los primeros hablaban acaloradamente, y las segundas levantaban al cielo los ojos como lamentando una gran desgracia. Creyó que acaecia algun accidente, y se convenció al ver á algunos comerciantes pasar con paquetes, como si los quisieran preservar de un incendio.

El pescador se acercó al grupo, y tocando á uno de sus conocidos en el hombro, exclamó:

—¡Juan! ¿qué sucede?

—Una desgracia, José. Que los franceses están en Furnes: toda la ciudad está llena de soldados y cañones...Pregúntale al maestro de escuela, que viene de allí.

José se acercó mas, oyendo en efecto al maestro de escuela explicar que los franceses habian derrotado al ejército aliado en las cercanías de Fleurus, y que de seguro á aquella hora los franceses se habian ya apoderado de Bruselas.

José quedó sumido en profunda meditacion: comprendia que aquel suceso amenazaba á M. de Milval; pero la revelacion de Ko habia hecho nacer en su pecho un gérmen de odio, y se preguntaba si debia inquietarse por la suerte de un hombre que pagaba con la mas negra traicion la abnegacion de todos.

No obstante, al cabo de algunos minutos triunfó su generosidad: arrojó su mal pensamiento de sí, y empezó á preguntar con interés todos los detalles referentes al asunto de aproximacion de los franceses; proponiéndose despachar en breve las compras que tenia que verificar en Adinkerke y regresar á su casa, prevenir á M. de Milval y ayudarle á salvar si era necesario.

Mientras así discurria, llegaron á su oido voces lejanas, y un grupo de gente del pueblo invadió la calle, arrollándolo todo á su paso y gritando:

—¡Huid, huid! ¡Los franceses!

Y todos corrieron, y las puertas se cerraron con estré-

© Biblioteca Nacional de España

pito, y solo algunos mas serenos permanecieron en el pórtico de San Sebastian.

Dos soldados franceses aparecieron en efecto al extremo de la calle, y eran los dos de figura marcial, con largos y negros bigotazos. Llevaban anchos sombreros de tres picos con pluma flotante, pistolas en el cinto y sables arrastrando, que al andar ellos hacian un ruido infernal. Una faja tricolor que les ceñia el talle, parecia querer indicar que eran oficiales, el uno de mas edad y mas elevada estatura, si bien el otro no le cedia en expresion altanera.

—¡Qué estúpidos aldeanos! decia el segundo al primero al pasar por delante de San Sebastian. Huyen al solo aspecto de un soldado francés; ¿nos tomarán por antropófagos?

Y una sonrisa desdeñosa entreabrió sus labios.

—Se asustan porque no penetran nuestras intenciones.

—Decid mas bien que porque son partidarios de los tiranos. Vergüenza es que la Francia esté luchando contra la Europa entera, para proporcionar á esos ignorantes una libertad que rechazan con insistencia.

—¿Lo creeis así? dijo su interlocutor con una mirada de orgullo: pues os engañais: ningun pais ha vertido por la libertad mas sangre que este heróico pueblo. Toda su historia es una noble lucha por el sostenimiento de sus libertades; pero desde hace algun tiempo se han tenido que someter á la fuerza del número, y han perdido su independencia; además á sus ojos no somos mensajeros de la libertad, sino invasores que venimos á conquistar sus propiedades.

Durante este diálogo los dos oficiales llegaron ante el cementerio de la ciudad. El de mas edad se detuvo á la vista de una cruz de madera que se destacaba de las demás por su tamaño: una nube de tristeza cubrió su rostro y quitóse su sombrero respetuosamente.

(*Se continuará.*)

AMOR INMORTAL.

Pasan horas, pasan horas,
Y pasan dias y meses,
Sin que tu infausto recuerdo
En paz, ingrata, me deje.

Nos separamos, y acaso
De mi nombre no te acuerdes,
Mientras que yo vivo triste
Sin olvidarte ni verte.

Y sueño con tu hermosura
En mi soledad agreste,
Y están húmedos mis ojos
Y está pálida mi frente.

Y es que soy ¡desventurado!
De tu perfidia juguete,
Y es que se va mi delicia
Y yo quiero que se quede.

Y es que lucho, y lucho en vano,
Con mi corazon rebelde,
Y es que el amor puro y casto
Que me inspiraste... no muere!

(*Isla de Cuba.*) EL HIJO DEL DAMUJÍ.

CÉSAR DE VERMONT.

NOVELA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

A los pocos minutos vió volver á la jóven. Sus facciones habian vuelto á adquirir la calma y la seriedad que tenian cuando no se juzgaba observada por nadie en el jardin. Llevaba en su mano una llave.

—Venid, caballero, dijo, y siguió por el corredor adelante.

El jóven oficial sentia que ya no le mirase. Jamás habia visto una fisonomía mas noble, y sobre todo una mirada mas pura, mas profunda.

Hallaba, sin embargo, muy conveniente la reserva, la frialdad de la española. Lo que hacia era solo un acto de caridad; no le era permitido, por tanto, mostrar ningun otro sentimiento, siquiera fuese el de la compasion.

Siguióla á través de la silenciosa casa, que aunque estuviese sencillamente puesta, como entonces la mayor parte de las de España, revelaba sin embargo en su dueño una alta posicion.

Las diferentes piezas contenian retratos de caballeros y damas con ricos vestidos; la tia de la jóven española debia evidentemente pertenecer á una familia distinguida. Al ver marchar así delante de él á aquella linda persona tan sencilla y tan severamente vestida y cuyo pié apenas rozaba el suelo; al admirar aquel blanco cuello de una forma tan pura, ligeramente inclinado, César soñó por un instante que pudiera hacerse la paz, y que le seria tal vez permitido aproximarse con libertad á aquella encantadora mujer. ¡Pero cuán lejos estaba aun el jóven oficial de volver á hallar la paz y el reposo! Hubiera sido una insigne locura en aquel momento, no ya pensar en una felicidad para otros tiempos, sino ni siquiera en volver á ver á Doña Ana.

Esta abrió una puerta, y permaneciendo en el dintel dijo:

—Entrad, caballero. Yo haré de modo que nadie venga á buscaros aquí. La ventana no es alta; podreis, cuando llegue la noche, evadiros. La necesidad os impone el ser prudente. Ved aquí la llave.

Mientras esto decia, César trató de sorprender una mirada. La jóven le consideró un instante con la mayor calma.

—Señora, dijo aquel, me prestais un servicio por el que, desgraciadamente, no podré nunca expresaros mi agradecimiento. Pero si llego á salvarme, escribiré á mi hermana para que, vuelva yo ó nó, rueguen siempre á Dios por Doña Ana de Gomez, á fin de implorar sobre ella todas las bendiciones del cielo.

Su voz estaba tan conmovida, era tan penetrante, que la española se estremeció.

—Y para probarme, señora, continuó César, que no rechazais estas gracias, que no las considerais como poco respetuosas, tened la bondad de darme la mano: yo os lo ruego.

En la voz del jóven habia algo de irresistible: así fué que Doña Ana, comprendiendo que su reconocimiento era legítimo, y que el hombre que veia delante de sí era un hombre de honor, le tendió su mano.

Así permanecieron durante un segundo mirándose recíprocamente. Los ojos de la española conservaban siempre su expresion séria y triste; los del jóven oficial, por el contrario, mostraban por su brillo la viva emocion del reconocimiento. La española pareció extremecerse un instante; César, en efecto, creyó sentir que temblaba su mano, la cual ella se apresuró á retirar.

—Os doy de nuevo las gracias, dijo César. Si no debemos volvernos á ver, no por eso dejará de vivir siempre vuestro recuerdo en mi corazon.

—Al obrar de esta manera, lo hago por afecto hácia aquel á quien os pareceis, dijo entonces la española con voz apenas perceptible.

El leve sonido de una campanilla agitada con precaucion, turbó el silencio de aquella morada.

—Son los criados que vuelven, dijo ella rápidamente. Cerrad vuestra puerta por dentro: yo procuraré alejar á todos.

Inclinando entonces la cabeza en señal de despedida, se retiró con precipitacion.

César la siguió con la vista hasta que desapareció por una puerta. Entonces entró en el cuarto que Doña Ana le habia abierto. Echó el cerrojo, sacó con cuidado la llave de la cerradura, y se sentó sobre un banco. La imágen de la española le habia preocupado tanto, que no se cuidó de examinar la habitacion.

Comprendia y preveia que la aparicion de Doña Ana en su vida ocuparia profundamente sus recuerdos. La impresion que habia hecho sobre él, ninguna otra mujer la habia producido hasta entonces en su alma. Era evidente que la singular situacion en la que la encontró contribuia muy poco á despertar aquel sentimiento. Sentóse pues pensativo, para reflexionar acerca de aquella sensacion particular que le agitaba.

Pero era soldado y su situacion ofrecia siempre grandes peligros.

Así, las voces de los que pasaban por debajo de su ventana le volvieron pronto á sí mismo.

—Vamos, dijo ahogando un suspiro, olvidemos este grato sueño! Yo no la volveré á ver jamás; y si la veo, el destino nos separará siempre! Por ahora pensemos en mi salvacion... y nuevos combates, nuevas aventuras debilitarán pronto esta imágen.

Levantóse, sabiendo bien que queria engañarse á sí propio acerca de la violencia de la impresion que experimentaba, pero resuelto sin embargo á no pensar por el momento sino en su posicion actual. Primeramente examinó el cuarto en que se hallaba; segun todas las apariencias, parecia ser ocupado por algun mayordomo ú otro dependiente superior de la casa, el cual sin duda estaba ausente. Algunas piezas de ropa se veian en un armario. César pensó que podrian serle útiles. Acercóse á la ventana, cuyos vidrios inferiores tenian cortinas de una sencilla tela verde. Las separó con cuidado para mirar á la calle, que era ancha y pasaba entre varios jardines; debia ser un camino real. Algunos paisanos y labradores armados recorrian aquel sitio con alegre y ruidosa algazara.

El dia comenzaba á caer, el sol poniente proyectaba grandes sombras sobre la parte de los jardines que podia ver el jóven oficial. Ante todo, importaba saber la direccion que deberia tomar cuando, durante la noche, emprendiese el unirse al ejército francés. Necesitaba, pues, desde la ventana en que estaba, hacer todas sus observaciones. Tomó del armario una manta, como las que usan los hombres de las clases inferiores en aquella provincia, y un pañuelo para atarlo á su cabeza. Esto debia bastarle para su proyecto. Entonces se sentó á la ventana, y miró por una abertura de la cortina, sin dejar de escuchar atentamente.

Valencia habia seguido el ejemplo de toda España, alzándose contra Napoleon 1.º cuando en Bayona quitó la corona á Fernando 7.º para darla á su hermano José Bonaparte. La partida de los jóvenes príncipes españoles para el extrangero habia, á principios de Mayo, ocasionado en Madrid sangrientas escenas, y á la primera noticia de ellas, Valencia se conmovió violentamente. Un vendedor de aves, gritando delante de la catedral: Viva Fernando 7.º ¡Mueran los franceses! habia, por decirlo así, declarado la guerra á Napoleon. En un instante la insurreccion se hizo general, y las tropas se vieron obligadas á abandonar la ciudad. En aquel momento, en Junio, toda la España se habia levantado; en todas partes se formaban juntas, que contando con sus propias fuerzas y con los auxilios de Arturo Wellesley, mas tarde duque de Wellington, habian declarado á los franceses una guerra á muerte.

Muchas causas habian contribuido á este levantamiento; una de las principales era el ódio concebido contra el príncipe de la Paz, Godoy, que habia impuesto al pais grandes sacrificios en favor de la política napoleónica, y además, la antipatía natural de los españoles hácia todo lo que es extrangero. El orgullo español, que se ha hecho proverbial, se veia sometido á una ruda prueba. ¿Podia pues la España acoger á un soberano de otro pais, en el momento en que el débil Carlos 4.º abandonaba la corona y el poder al jóven Fernando, hácia el cual se dirigian todas las miradas, todas las esperanzas? Esto era exigir demasiado, y Napoleon mismo debia arrepentirse mas tarde de su determinacion. Por la primera vez, el sentimiento de la nacionalidad herida entraba en lucha con el dominador del mundo. El Tirol siguió bien pronto este ejemplo, sublevándose contra las innovaciones extrangeras, simplemente porque eran extrangeras.

El mariscal Moncey habia recibido órden de apoderarse de nuevo de la importante plaza de Valencia. Al principio de la insurreccion se creia comunmente que seria fácil reducir á paisanos sin organizacion ni disciplina. Moncey se dirigió enérgicamente hácia la ciudad, con toda la intrepidez francesa, á través de la Huerta, encantadora llanura que se desarrolla como un gran jardin al rededor de Valencia y se extiende hasta las montañas. Pero en la puerta de Cuarte encontró una resistencia con la que no contaba. Los españoles, valientes por naturaleza, invencibles cuando combatian detrás de un muro, recibieron á los franceses con una determinacion, con un desprecio de la muerte de los que no podia triunfar un primer asalto. En vano se sucedian batallones y regimientos; las balas, las piedras llovian sobre ellos, y Moncey se vió obligado á ordenar la retirada, para reunir sus debilitadas tropas, á fin de tentar con nueva energía un esfuerzo decisivo, que no tuvo éxito.

Las animadas conversaciones de los españoles que se detenian delante de la casa para hablar con los criados que habian vuelto de la ciudad, no dejaban á César duda alguna del descalabro que habia sufrido Moncey. Sin embargo, las pérdidas de los franceses podian no ser tan importantes como se suponian; aunque de todos modos, el mal éxito de las armas francesas, de que por desgracia no podia dudar el jóven oficial, llenaba su corazon de tristeza, puesto que su carrera militar no habia sido hasta entonces sino un continuado triunfo.

Estaba pues demostrado que aquellos temidos guerreros franceses no eran invencibles, y que simples paisanos, cuando se veian animados por el sentimiento del patriotismo ó por la sed de venganza, podrian hacerles frente. El jóven francés, que habia observado de cerca el carácter español, y reconocido la energía que se encerraba en el alma del pueblo, por tanto tiempo abatido, preveia una lucha larga y encarnizada, y á fuer de buen soldado no contaba sino con la victoria definitiva de las armas francesas; pero la prevision de aquella lucha le llenaba de tristeza. Debia convenir en que su emperador se habia mostrado severo respecto á España, y en que un pueblo que rehusa á un soberano extrangero que se le quiere imponer, está en su derecho.

Las conversaciones de los que por allí transitaban, ofrecian datos á César acerca de la direccion que debiera tomar en su fuga. Los franceses acampaban á algunas millas de Valencia, y César, que conocia muy bien sus alrededores, podia orientarse con el auxilio de las crestas de las montañas lejanas, que iluminaban los últimos rayos del sol. Tenia pues que tomar á la derecha para unirse á sus compañeros. Ciertamente debia contar con dificultades numerosas, siendo el primer obstáculo el de los destacamentos españoles que estaban posesionados de las alturas.

Llegada que fué la noche, el cuarto quedó completamente á oscuras. César oia pasos y voces en la casa, pero estos ruidos eran pronto sofocados por respeto hácia la dama enferma, cuyas habitaciones se encontraban probablemente cercanas al camino, que todavía estaba transitado por gentes. Sin embargo de esto, tomó todas sus disposiciones para la fuga; ciñóse su sable, metió su chacó en un pañuelo, y anudó otro de color al rededor de su cabeza; puso sobre la mesa algunas monedas de oro, como para probar su intencion de indemnizar al dueño de la manta, aproximóse á la ventana y la abrió con precaucion. Todo estaba tranquilo por entonces. Descorrió el cerrojo de la puerta, salió por la ventana, y de un salto estuvo en el suelo. Envolvióse entonces en su manta, y se alejó apresuradamente.

Así caminó, dirigiéndose por la luz de las estrellas, y aunque de vez en cuando era interpelado por los transeuntes, su conocimiento del idioma, que se extendia hasta el dialecto de aquella provincia, le sacaba de semejantes conflictos. Unas veces se fingia labrador de la Huerta, que volvia á su casa despues de haber ayudado á dar fin de los malditos *gabachos*: otras pretendia llevar una órden para un cierto capitan Miguel, el cual habia sido enviado para espiar los movimientos del ejército enemigo. De este modo lograba engañar á los que le preguntaban, y tanto mas cuanto que nadie pudiera suponer que un francés pudiera encontrarse todavía en las cercanías de Valencia.

Despues de algunas horas de caminar, llegó al fin á una hacienda de labor, ocupada por un fuerte destacamento de españoles, que servia como de avanzada. Guardóse bien de aproximarse á aquella hacienda, pero se subió sobre una tápia para orientarse. Creyó entonces reconocer las posiciones de los españoles, y mas allá los fuegos de los franceses. Podia muy bien engañarse en su apreciacion, pero era necesario aventurarse á todo,

© Biblioteca Nacional de España

y su plan consistia en dar un gran rodeo, evitando el caer en las líneas españolas, para dirigirse en seguida al campamento de los franceses.

La cosa era difícil, porque era forzoso dejar el camino y marchar penosamente á campo atraviesa. El cielo se habia cubierto de nubes, y habia que ir á tientas. Pero la certidumbre de estar próximo al campamento francés le daba seguridad, calma y paciencia. De repente una voz ruda gritó:

—¿Quien vive? y al mismo tiempo se oyó el ruido de montar un fusil.

—Un instante, amigo! respondió César; supongo que no querrás introducir una bala en la cabeza de un oficial de húsares que se ha escapado de entre las manos de estos malditos españoles.

—Alto ahí! ni un paso mas, gritó la misma voz. Camaradas, á mí! No os movais, ó tiro.

—No me muevo, respondió César. Me tengo ciertamente por muy feliz al oir de nuevo el ruido de mi fusil francés.

Muy luego una porcion de sombras circulaban á su alrededor. El jóven oficial, muy dichoso de haber logrado su objeto, se regocijaba al pensar que eran los soldados de las avanzadas los que le rodeaban y que estas se proponian solo asegurarse de que en efecto no era él un español y que no le acompañaba soldado alguno. Sin esperar á mas dió su nombre y el de su regimiento; quitóse la manta y el pañuelo que cubria su cabeza, y tranquilamente se dejó conducir á la presencia del oficial que mandaba la avanzada el cual le conocia y le hizo saber que los húsares se habian acantonado en una aldea situada á un cuarto de legua de allí. César partió, despues de haber recibido el santo y seña.

Estaba pues en salvo! Al atravesar los vivaques de sus camaradas comprendia toda la importancia de esta palabra. ¿Cuántos de los que él mandaba doce horas antes se habrian salvado? ¿Vivia aun Alfredo de Beaufort? Mucho temia que nó: el peligro habia sido grande, porque se les acosaba con encarnizamiento.

El primer soldado que encontró era precisamente de su escuadron, de los que con él, trataron de escapar de la batida de los españoles. Al reconocerlo, lanzó un grito de alegría.

(*Se continuará.*)

BIBLIOGRAFIA.

MURILLO, SU VIDA, SU ÉPOCA, SUS CUADROS.—POR DON FRANCISCO M.ª TUBINO.

La Corona poética dedicada al célebre pintor sevillano Bartolomé Estéban Murillo, con motivo del monumento erigido en su patria á la memoria del insigne artista, ha dado ocasion al trabajo literario de que nos ocupamos, y que es debido á la excelente pluma del ilustrado y laboriosísimo escritor don Francisco M.ª Tubino. Este libro, sin embargo, no pudo hacer parte de la referida Corona, porque la época prefijada para la inauguracion no consentia demora, y la fecha en que aquel fué presentado hacia materialmente imposible su impresion para el dia en que debiera tener lugar la ceremonia oficial.

No obstante, este estudio artístico-biográfico, si bien muy propio del objeto á que se consagró en un principio, no estaba de tal manera ligado á la referida Corona que hiciese ya inútil la tarea emprendida. Las investigaciones, las apreciaciones del Sr. Tubino no era bien quedasen desconocidas, porque ellas tenian por laudable fin la gloria de uno de los mayores genios artísticos que ha producido nuestra España, de una de las mas legítimas honras de la bella capital de nuestra Andalucía. El libro debió, por tanto, ver la luz pública, y en efecto así se ha hecho.

El escrito de que se trata no es una simple biografía; no podia serlo, y esto lo reconoce y manifiesta el mismo autor en su prólogo. El relato fecha por fecha de todos los acaecimientos de la vida de un hombre ilustre, de un hombre de esos que han estampado el sello de su poderoso genio sobre el siglo en que vivieron, pudiera acaso bastar para un artículo de algun diccionario biográfico; pero seria de todo punto insuficiente tratándose de un trabajo de la naturaleza del que tenemos á la vista. Es preciso colocar á aquel hombre dentro de su época, dar á conocer á esta, y discutir su influencia recíproca. Tal debe ser la verdadera biografía, así como tal debe ser, en mayor escala, la verdadera historia, por mas que con harta frecuencia no se haya hecho así.

Siguiendo pues esta racianal y filosófica marcha, el Sr. Tubino comienza por bosquejar á grandes rasgos los principales acaecimientos que vinieron á caracterizar al siglo décimo sesto, así en lo social, como en lo político y como en lo artístico y literario, deduciendo que si él fué el desarrollo del renacimiento pagano, como el anterior lo fué de su condensacion, el décimo sétimo, en el cual vió Murillo, vino á ser su síntesis.

Pasa de aquí á ocuparse mas especialmente del arte pictórico. La restauracion clásica, pasando del órden literario al dominio de las bellas artes, hace despertar las tendencias paganas; los artistas se entusiasman en la contemplacion de los grandes modelos de Grecia y de Italia, y si no se adoraba á sus dioses, se daba culto al carácter artístico del paganismo. Alcanzaron el público favor con preferencia los asuntos mitológicos; las paredes de los palacios sacros ostentaban figuras desnudas, y los primeros pintores de aquella época en Italia, sustituian á las devotas fisonomías de las madonas, los retratos de sus propias queridas.

Propónese en seguida el autor reseñar en breves palabras la historia de la pintura en España, en donde ya desde los siglos noveno y décimo aparece cultivada la bizantina. No se conocian otros asuntos que los devotos, pintándose con preferencia efigies de la Virgen María y pasages de su vida; y aquí hace notar oportunamente que en ningun otro país como en España se ha pintado el rostro de la Madre del Redentor con tanta idealidad cristiana, y su dolor de una manera mas patética; porque ella ha sido siempre objeto de un culto apasionado por parte de un pueblo, que habia elevado á la mujer á gran altura en la escala de las consideraciones y del afecto; de un pueblo caballeresco y noble, que atendia al sentimiento, aun á trueque de olvidar los consejos de la inteligencia.

Siguiendo esta marcha progresiva, viene naturalmente el Sr. Tubino al principal objeto que se propuso; esto es, á los pintores sevillanos de los siglos XVI y XVII, que fueron los que crearon la escuela á que aquella ciudad ha dado nombre.

En la expresada época aparece en primer término Velazquez, gran artista, en el cual compitió la fortuna con el mérito, y que habiendo llegado á la alta posicion á que lo encumbró el favor del monarca y de la corte, hubo de abandonar á Sevilla para brillar en otras regiones donde alcanzase mayor fama y mas abundante y honorífico galardon. Sin embargo, no por eso tuvo que renunciar la capital de Andalucía á la legítima esperanza de poderse presentar ante la España entera engalanada con todos los atavíos del arte, y cobijando bajo su régio manto á tantos ilustres pintores hijos suyos, como ilustres poetas habia dado ya y tenia que dar aun al Parnaso español.

En efecto, Bartolomé Estéban Murillo era el destinado á realizar aquella esperanza.

El Sr. Tubino, en la parte de su trabajo referente á la vida del insigne pintor, ha podido disponer de datos ya antes publicados que le hiciesen menos difícil su tarea, y entre aquellos, los que mas ha utilizado en efecto son los que suministra Don Juan Agustin Ceau Bermudez, en su «Carta sobre el estilo y gusto en la pintura de la escuela sevillana,» que frecuentemente cita. No faltan, sin embargo, noticias curiosas que no se hallan en el referido opúsculo, como por ejemplo, un catálogo razonado de las obras suyas, no solo existentes en España, sino en el extranjero, donde sus lienzos se tienen en altísima estimacion, y donde brillan como preciosas joyas en los públicos museos y en las colecciones de los aficionados.

¡Lástima es por cierto que no pocas de aquellas maravillosas pinturas hayan sido adquiridas por el solo derecho de conquista y por la fuerza de las armas, segun se demuestra allí de una manera que no debe dejar lugar á la duda!

Para completar el cuadro de la época en cuestion, el autor consagra un capítulo á aquellos de los pintores contemporáneos de Murillo que ocupan un puesto mas elevado en la escala del arte. El pensamiento es oportuno, y su ejecucion ha sido acertada. La variedad que ofrecen tantas noticias biográficas, y el interés natural que inspiran tantos ilustres nombres, contribuyen á hacer mas ameno todavía el libro del Sr. Tubino, á quien felicitamos por su trabajo, estimulando su celo y su inteligente laboriosidad para que prosiga escribiendo, investigando y dando á la estampa cuanto se refiera á las antiguas glorias de nuestra bella Andalucía, y cuanto pueda afectar á su porvenir.

Para los que nos honramos con el título de andaluces, ha sido altamente satisfactorio el ver que se alza un monumento á Murillo en su misma patria. Para nosotros, en nuestro particular, esta circunstancia nos es doblemente grata, puesto que además nos proporciona el gusto de haber leido la apreciable obra del Sr. Tubino.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

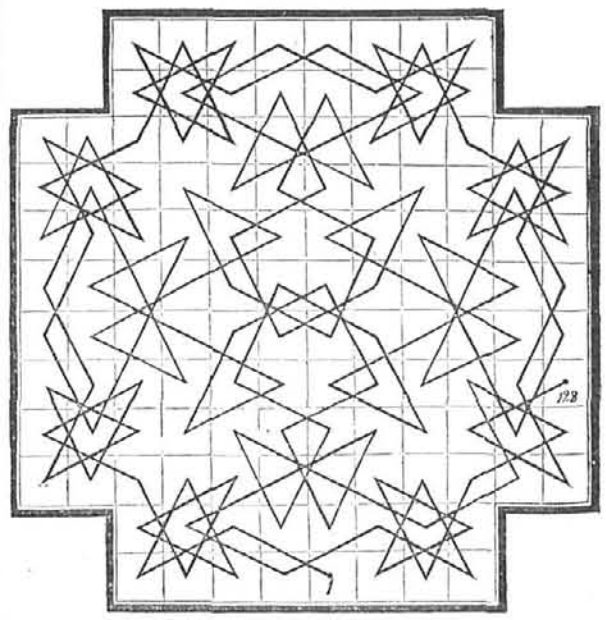
Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE PELO DE CABRA COLOR GRIS-FIELTRO.—El borde de la enágua está cortado en puntas redondeadas bastante profundas, orladas con rizado muy estrecho de la misma tela que la enágua; esta va recogida sobre un guardapies de alpaca blanco, guarnecido por un volante encañonado con un ribete de cachemira punzó, y sobre el volante una ancha tira de un tegido de lana punzó á cuadros blancos. Corpiño blanco montante, á pliegues, con mangas largas; este corpiño se adorna con tiras de tafetan punzó, bordados de trencilla blanca; cinturon-coselete de tafetan punzó, tambien bordado de trencilla blanca. Sombrero redondo de paja cosida, adornado de plumas grises y plumas punzó.

TRAGE DE GRANADINA DE LANA VERDE INGLES.—La enágua se guarnece con un volante encañonado, que lo forman tres pliegues separados por un espacio plano; encima del volante va una tira de tafetan de 10 centímetros de ancho, cortada por cada lado en forma de hojas puestas de trecho en trecho, las cuales hojas vienen á caer sobre los espacios planos, están ribeteadas con un galon, y se bordan con trencilla; la misma tira, mas estrecha, adorna las sisas; una hoja forma la hombrera. Mangas estrechas guarnecidas en su borde inferior con un volante estrecho encañonado, y sobre él una tira de tafetan. Corpiño montante; cinturon con largos cabos rendondeados, ensanchándose por abajo, y reproduciendo los adornos del trage. Sombrero de paja de Fribourg, adornado con flores de los campos.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL N.º 30.



Dejad los libros ahora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel gentil hombre,
Digo aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
A un cieguezuelo ruin.
Sacrifiquele mi gusto
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza
Tal cual os la pinto aquí.
El cabello es de color
Que ni es cuarto ni florin,
Y la relevada frente
Ni azabache ni marfil.

GÓNGORA.

Administraciones de La Moda Elegante.

La suscricion á este periódico puede hacerse dirigiéndose á las Administraciones siguientes;

MADRID, Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza del Príncipe Alfonso (antes de Sta. Ana) n. 8.
BARCELONA, *Don J. Casals, calle de San Honorato (tienda).*
CÁDIZ, Don Federico Joly y Velasco, Torre 6.
SEVILLA, Don Manuel G. Zarzuela, Redaccion de la Andalucía.

El precio del abono se halla fijado á la cabeza.
A los pedidos deben acompañarse libranzas de Tesorería ó de la Tutelar, ó bien sellos de correos ó de telégramas en caso de no haber de aquellos.
Las cartas que contengan sellos deben ser certificadas.
En las principales librerías del reino tambien se admiten suscriciones.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

N.° 31.

LA MODA ELELEGANTE ILUSTRADA

Rue Jacob 56 a Paris

© Biblioteca Nacional de España